

## **LAUDATIO del Profesor ANTONIO CANDIDO**

Sala Maggiolo de la Universidad de la República  
Montevideo, 21 de setiembre de 2006

Pablo Rocca

(Universidad de la República)

Entre nosotros la obra del profesor Antonio Candido es una referencia ineludible y hasta familiar. Quienes tuvieron la fortuna de asistir al curso de verano que, durante el rectorado del doctor Cassinoni se llevó a cabo en nuestra Universidad, en el verano de 1960, pudieron escuchar por primera vez hablar de Guimarães Rosa fuera de Brasil, cuando aun faltaba un lustro para que *Grande sertão, veredas* fuera traducida al castellano y cuando ni siquiera un cuento del escritor mineiro se había divulgado en esta lengua.

“*Todo empezó en Montevideo/ que es donde siempre empieza todo*”, dicen los versos iniciales de un poema de Enrique Fierro en homenaje a Pablo Neruda. Algo así podría repetirse en relación al profesor Candido. Porque su presencia, aquí mismo y hace tiempo, en aquel febrero de 1960, diseminó entre los colegas y los jóvenes uruguayos –entre otros el mismo Enrique Fierro, de quien hemos recabado el testimonio– la pasión y el saber (la pasión por el saber) de la literatura brasileña contemporánea. Y además porque, al regresar a Brasil luego de su pasaje montevidiano, el doctor Candido se trasladaría a Assis, una ciudad del estado de São Paulo, para fundar en la Universidad de esa pequeña ciudad la cátedra de Teoría Literaria. Ese hecho cambiaría el rumbo de los estudios en este campo en Brasil y, podemos decir con la debida distancia, también transformaría esta disciplina en América Latina toda.

El profesor Antonio Candido se formó en São Paulo. A fines de los años treinta se vinculó a un activo grupo de jóvenes intelectuales, principalmente Décio de Almeida Prado y Paulo Emilio Salles Gomes, quienes desde varias disciplinas procuraban repensar el lugar de Brasil acercándose a las ideas socialistas y, simultáneamente, oponiéndose a la dictadura de Getúlio Vargas, entonces en su apogeo. A comienzos de 1940, al tiempo que con sus amigos planificaba la edición de la revista *Clima*, que se editará entre 1941 y 1944, Candido conoció a Mário de Andrade, quizá el mayor intelectual que tuvo Brasil en todo el siglo XX. Mario lo estimuló a seguir estudios en

ciencias sociales, la primera llave que poseyó para una perspectiva más amplia en los estudios culturales.

Con esa temprana y rica trama de relaciones, el doctor Candido supo conjugar varias vocaciones. Antes que nada, le interesaba la literatura. Desde el principio la entendió inscrita en una serie mayor, que lo condujo a su estudio no como un objeto inmanente, no como una máquina verbal ajena a otras inferencias. De hecho, fue su interés por la literatura que lo llevó a Antropología, a través de cuidadosos y pacientes años que dieron como resultado el libro *Os parceiros do rio Bonito (Estudos sobre o caipira paulista e a transformação dos seus meios de vida)*. “Este libro –escribió en las palabras prologales– se originó en el deseo de analizar las relaciones entre la literatura y la sociedad; y nació de una investigación sobre la poesía popular”. (Como se ve, me he tomado el atrevimiento de traducirlo). En rigor, el trabajo va mucho más allá de ese objetivo primero, transformándose en un análisis metódico y con firmes bases teóricas sobre la cultura *caipira*, definida no en un sentido racial del sujeto rural de las zonas más aisladas del estado de São Paulo, sino como “*un tipo de vida*” que se aprecia en la alimentación, las costumbres, el trabajo, la educación. Cuando en 1954 concluyó esta investigación, la presentó como tesis de doctorado en Ciencias Sociales en la Universidad de São Paulo, donde se desempeñó durante deiciséis años como Primer Asistente de la Cátedra de Sociología, cuyo titular era Fernando de Azevedo. En el jurado que aprobó la tesis, se encontraba Roger Bastide, al que Candido, en el prólogo a la reedición de su *Poetas do Brasil*, prefiere recordar como el original estudioso de la literatura del país en el que Bastide vivió un tiempo prolífico y fertilizador.

Esta es una línea que no podría, con justicia, desligarse de otra: la más específicamente dedicada al estudio de la literatura y de sus herramientas teóricas. De hecho, en el prefacio a *O método crítico de Sílvio Romero*, tesis con la cual obtuvo el puesto de libre docente en Literatura brasileña en la Universidad de São Paulo, Antonio Candido empezaba proponiendo: “*En el centro del estudio y de la enseñanza de la literatura está el problema crítico. De un modo general, el problema literario presenta tres aspectos: la creación artística, el público y, entre los dos, una serie de intermediarios*”. (Sigo y seguiré tomándome el atrevimiento de traducirlo). Esto, hay que advertirlo, fue escrito en mayo de 1945, cuando por estas latitudes se estaba muy lejos de pensar en estos términos. La elección del tema asume una doble dirección. Por un lado, Candido entiende imprescindible revisar la rica tradición crítica de su país y, para ello, indaga en la pieza clave: la voluminosa *História da literatura brasileira*

(1881-1885), de Sílvio Romero, entre otros trabajos de este autor sobre la cultura nacional desde una perspectiva positivista que dieron, al Brasil, una solidez más temprana que la de cualquier otro Estado vecino. En segundo lugar, estudiando ese pasado fundacional, Candido puede sentar las bases de una nueva crítica que, capitalizando lo provechoso y descartando lo caduco, le permitiría relanzarse como el continuador de una tarea que, por cierto, no se clausuró con Romero, sino que prosiguió en otros empeños fundamentales, como el de José Veríssimo. Mientras cimienta un aparato teórico-crítico, Candido observa las oscilaciones del presente: en el mismo año 1945 en que defiende y publica su tesis sobre Sílvio Romero, se desempeña como “*crítico titular*”, del *Diário de São Paulo*, en el que publica una serie de notas sobre Graciliano Ramos, de quien vino a constituirse en su primer gran crítico. Estas piezas pasaron luego al libro *Fição e confissão*, de 1956. A su vez, en la *Folha da Manhã* colaboraba con otros artículos, algunos de los cuales reunió en su libro *Brigada ligeira*, como los que dedicó a Oswald de Andrade, José Lins do Rego o el surrealismo en Brasil.

Como si fueran vertientes contiguas, la revisión del pasado y del presente literario, la creación de textos de intervención y polémica en la concreta vida cultural de una época, por cierto nada reposada, hizo reflexionar al doctor Candido sobre los límites y alcances metodológicos y hasta sobre la necesidad de pensar el concepto mismo de literatura en una sociedad periférica. De ese esfuerzo, largo y constante, nace en 1959 su libro fundamental: *Formação da literatura brasileira (Momentos decisivos)*.

La frecuentación del doctor Candido de las ciencias sociales le permitió pensar la literatura fuera de la dominante estilística, entonces hegemónica, centrada en el estudio del lenguaje y de las formas, así como colocarse al margen de una lectura positivista, radicada en el texto como espejo de los hechos y de la historia. Para 1959, familiarizado con la antropología cultural, Candido tomará de Radcliffe-Brown el concepto de *estructura* como equilibrio dinámico de las relaciones internas en la obra con la historia. Estructura, en este sentido, como dirá en la tercera edición de *Literatura e sociedade* (1972), se traduce en una “«*forma orgánica*», *relativa a cada obra y constituida por la relación dinámica de sus elementos, orientándose por la «coherencia»*”. Por eso, la estructura se le aparece como un *sistema* que compromete un conjunto de obras, que se articulan entre sí dependiendo de “*la existencia del triángulo autor-obra-público, en interacción dinámica, y de una cierta continuidad de la tradición*”. Por eso, relega conceptos tales como los de “*influencia*” y “*generación*”, que

estaban tan en boga. Basta pensar en la operatividad, diríase malsana de estos conceptos en la crítica rioplatense del medio siglo, especialmente la uruguaya. Al concepto de influencia lo juzga “*el instrumento más delicado, falible y peligroso de toda la crítica, por la dificultad en distinguir coincidencia, influencia y plagio, tanto como la imposibilidad de averiguar la parte de la deliberación y del inconsciente*”; al concepto generacional lo descarta, aun “*a pesar de ser fecundo, porque puede fácilmente llevar a una visión mecánica*”. En síntesis, para el doctor Candido los factores externos sólo son válidos “*cuando se los somete al principio básico de que la obra es una entidad autónoma en lo que tiene de específicamente suyo. Esta precedencia de lo estético, aun en estudios literarios de orientación o naturaleza histórica, lleva a no considerar jamás la obra como producto; pero permite analizar su función en los procesos culturales*”.

Hasta *Formação da literatura brasileira...*, era usual leer la historia literaria de Brasil en los siglos XVIII y XIX despreciando la jerarquía estética del neoclasicismo (que en portugués se llama “Arcadismo”) y del romanticismo. Se los concebía como etapas contradictorias en cuanto estilos, pero al cabo menores y en diversa intensidad subsidiarias de las metrópolis. En su libro, y en numerosos estudios paralelos, Candido resuelve el problema de otro modo. Con todo, corresponde advertir que su perspectiva no desentona con la que ya había desplegado Pedro Henríquez Ureña en su fundamental *Las corrientes literarias en la América hispánica*, de 1945, donde, el crítico dominicano por primera vez, abraza la escritura del área lusitana con la hispánica y aun con la del Caribe. Tanto Henríquez Ureña como Candido piensan que el neoclasicismo y el romanticismo fueron importantes etapas sucesivas y complementarias, en la medida en que *occidentalizaron* la literatura en un territorio que tiene un “*vínculo placentario*” con la metrópoli. Tanto para Henríquez Ureña como para Candido, las dos corrientes hicieron posible el ejercicio de las bellas letras, como –dice el crítico brasileño– algo “*inteligible para los hombres de cultura, que eran entonces los destinatarios de las obras. Con esto, permitieron que la literatura funcionara*”.

El núcleo de la propuesta de *Formação da literatura brasileira*, fue el funcionamiento de una literatura “*como síntesis de tendencias universalistas y particularistas*”, que alcanza ese estatus en la medida en que alternan autores (“*productores literarios más o menos conscientes de su papel*”), público y un “*mecanismo trasmisor (de modo general, un lenguaje traducido en estilos), que liga a unos con otros*”. Con esta tríada se conforma el *sistema literario* que posibilita la comunicación activa, real, de una literatura.

El énfasis que *Formação da literatura brasileira* pone en lo *nacional*, no deja de ser deudor del pensamiento moderno que forjó a los estados nacionales y que, durante mucho tiempo, llegó a bloquear una visión más articulada entre las culturas del vecindario latinoamericano. No obstante, en 1972, con la publicación de “Literatura y subdesarrollo” (ensayo incluido originalmente en el colectivo *América Latina en su literatura*), Candido se atreverá a incursionar en un ejercicio comparatista entre los que llamó narradores “super-regionalistas” latinoamericanos, esto es Guimarães Rosa, Rulfo, García Márquez, Vargas Llosa y José M. Arguedas. Pero hay otra cara posible del diálogo con Hispanoamérica que, de nuevo, lo devuelve a Montevideo. Los presupuestos teóricos que manejó en *Formação da literatura brasileira*, en particular el concepto de “sistema literario” fue adoptado a poco de la aparición de este libro por Ángel Rama, quien bajo su guía construirá su programa trabajo sobre la literatura uruguaya, según consta en un artículo publicado en *Marcha* el 30 de diciembre de 1960. Y aun más: podría pensarse que el oportuno conocimiento de la obra de Antonio Candido salvó a Rama de transformarse en un discípulo algo epigonal de la crítica marxista y de la sociología de la literatura. Sin dejar de acudir a estos aportes, que Rama estudió con cuidado, es seguro que un libro como *Formação da literatura brasileira* debió estimular la necesidad de extender la noción de autonomía literaria americana desde el vasto recorrido que ya tenía en la poesía, el teatro o la narrativa hasta la reflexión teórico-crítica. O, dicho en otros términos, en el Rama posterior a 1960 se puede verificar una preocupación mucho más teórica o, mejor, que busca ajustar la teoría a las peculiaridades del objeto específicamente latinoamericano.

La consolidación del triángulo sistémico (autor, obra, público) hará posible una cultura orgánica, partiendo del “*instinto de nacionalidad*” que el joven Machado de Assis había valorado, en un artículo de 1873, como factor necesario para una cultura en ciernes. Sólo por acumulación de experiencia, por superposición de debates. Eso, aun en un vasto país donde el problema del público es algo alarmante, ya que la comunidad lectora convive con las modalidades más crueles de la exclusión social, la violencia y el analfabetismo, como Candido lo hizo notar en “O escritor e o público”, un estudio de 1955. Sólo así se puede encontrar algún grado de madurez dentro de las asimetrías internas, que hicieron posible, como lo explica en su artículo “Esquema de Machado de Assis”, una literatura moderna, que trabaja las formas de modo sofisticado, al tiempo que soterradamente expresa y denuncia las condiciones brutales de convivencia en el Brasil.

En un artículo bastante cercano, titulado “Uma palavra instável”, el doctor Candido advierte que durante el siglo XIX “*la palabra nacionalismo presentó por lo menos dos fases, opuestas y complementarias: la exaltación patrioter, que hoy parece un disfraz ideológico, y el contrapeso de una visión amarga, más real*”. Dentro de esa última corriente prefiere ubicarse, sintiéndose parte de una línea de pensamiento que comprende a Manoel Bomfim, autor del primer estudio integracionista (*A América Latina*, 1905) y a Sérgio Buarque de Holanda, dos pensadores radicales que rescataron el mestizaje como fenómeno inherente a la sociedad brasileña.

Antonio Candido ha reunido sus textos en libros de naturaleza miscelánea. Desde las lecturas particulares centradas en textos o autores, de Brasil o donde fuere (de Ungaretti a Kavafis, de Giovanni Verga a Ezra Pound, de Álvares de Azevedo a Clarice Lispector), hasta el recorte diacrónico y la focalización de zonas o problemas. De esa manera quiso organizar sus intervenciones, artículos y ponencias, sin sujetarse a un canon estricto. Estas colecciones integran enfoques de corte culturalista e histórico, lecturas singulares de una pieza, aportes sinópticos, apuntes de tipo testimonial, microestudios teóricos (como su original trabajo sobre la crónica) o ensayos que trascienden el objeto que usualmente llamamos literatura. Su estrategia fundamental ha estado guiada por el concepto de “*crítica integral*”, que definió en su ya mencionado libro *Literatura e sociedade*: “*Una crítica que se quiera integral dejará de ser unilateralmente sociológica, psicológica o lingüística, para utilizar libremente los elementos capaces de conducirnos a una interpretación coherente. Pero nada impide que cada crítico resalte el elemento de su preferencia, en la medida que lo utilice como componente de la estructuración de la obra*”.

No se trata, entonces, que haya practicado la crítica como modalidad ecléctica. Se trata, en cambio, de adecuar el objeto al recurso que mejor le corresponda, desconfiando de los excesos del formalismo ortodoxo, que se resiste a entender que la obra es un producto histórico, y asimismo rehuyendo la “*tendencia devoradora [del sociologismo que busca] explicar todo por medio de los factores sociales*”. Equilibrio, en suma, que termina por disolver la dicotomía entre lo exterior y lo interior y hasta contempla, como viene a teorizarlo con elegancia en su último libro, *O Albatroz e o chinês*, publicado hace apenas dos años, con los aportes de la memoria y del timbre personal. En estas direcciones, como en otras ya insinuadas, los parentescos del pensamiento de Candido con los de Rama son en extremo fructíferos. Y aun, como ha observado Maria Elisa Cevalco, el decisivo momento problemático en que se formó

Candido, hacia 1940, lo empuja a entender la obra literaria en el movimiento más general de la cultura, como simétricamente le ocurrió a Raymond Williams en Inglaterra, a quien Candido, por cierto, no había leído en 1980 cuando Beatriz Sarlo le preguntó sobre esa posibilidad de contacto.

Es cierto que la incidencia del marxismo en Candido es más flexible que en muchos de sus contemporáneos. Pero eso no impide que, conservando esa libertad reclamada, haya sido capaz de leer en la novela decimonónica de Manuel Antônio de Almeida, *Memórias de um Sargento de Milícias*, la dialéctica entre el orden y el desorden en la vida social de la colonia, abatiendo la interpretación de este libro en cuanto muestra criolla del género picaresco. En *Memórias de um Sargento de Milícias*, el juego entre divertido y siniestro de conciliaciones y conflictos, el universo del poder autoritario y corrupto y, a la vez, dadivoso con quienes obedezcan, le permitió ofrecer a Candido un texto nuevo. Un texto que revela las perversas relaciones simbólicas y materiales de la sociedad brasileña, que se funda en la “lógica del favor”, mecanismo prebendario que termina por afianzar las estructuras dominantes.

De muchas líneas de su trabajo, dondequiera que fuese, podrían extraerse lecciones, aperturas, caminos para seguir pensando, para hacerlo sin dobleces ni ortodoxias. Este es, quizá, su mejor legado, que lo coloca en la primera línea de los maestros latinoamericanos.

El doctor Antonio Candido regresa ahora a Montevideo, después de casi medio siglo y nosotros no podemos sino manifestar la alegría por su presencia, que además –o ante todo– es la alegría de encontrarse con quien ha hecho de la ética del trabajo intelectual y del compromiso con los más débiles no una figura retórica, sino una práctica de vida y de lucha contra el autoritarismo y la prepotencia en los momentos más difíciles. Un ejemplo de austeridad y de modestia genuinas, virtudes tan raras en el intelectual de cualquier parte del planeta.

Además, y por último, quiero resaltar que la Universidad de la República es la primera Universidad no brasileña que confiere el título que hoy se le entrega. Esta es, en suma, una razón adicional para nuestra alegría y, por qué no, para sentirnos orgullosos.